

EL LADO DE LAS PALABRAS

El habla tiene sus modalidades, acomoda las palabras como si fueran piezas de ajedrez o angulosas piezas de cimiento. Se les busca el lado para expresarse con corrección y constituyen el material que utiliza la poesía y la prosa.

Ante la lectura de un poema, es frecuente escuchar: «caramba, pero si esto es precisamente lo que yo quería decir, pero no encontraba las palabras». No olvidemos que la poesía es una verdadera síntesis de la expresión: en un soneto se puede decir lo que otros no dicen en un libro.

Las palabras son esquivas para quienes no son sus dueños o no las saben manejar, pero aun para sus confidentes no son fáciles; se esconden con frecuencia, mostrando solamente alguna de sus facetas. De ahí que hay personas que no las encuentran, por más que las busquen. A veces se presentan solas, desnudas como las flores que brindan su néctar por doquier; son los instantes de la inspiración; otras se enroscan como caracoles, haciéndose de rogar, como las mujeres honestas; sin embargo, las hay también inconstantes, que se entregan fácilmente, como en las cartas comunes: «Deseo que te encuentres bien, que yo por aquí, regular...». Otras veces llegan en tropel, en jabardillo y lo anegan todo como un río desbordado; eso hacen los parlanchines.

El texto se forma a base de mucha lectura y estudio; con el auxilio del diccionario se aplican las voces, pero es necesario saberlas utilizar y colocarlas en el sitio y momento que convenga.

Cada escritor tiene su estilo («el estilo es el hombre»), y lo va formando lentamente, alejándolo de las tentadoras influencias que ejercen los escritores de oficio. Su sintaxis es la expresión de su talento; con ella crea originales formas de expresión, como el realismo mágico, y crea nuevas palabras que incorpora como neologismos al habla popular.

Las palabras son sabias, saben a qué árbol se arriman; porque temen llegar a la vulgaridad, ya que la sencillez es su estado natural. Las hay difíciles y enigmáticas, rebuscadas y frecuentes, aunque a veces se pierden y entremezclan como las pequeñas violetas en los matorrales; y otras salen a relucir sus colores como las flores de los jardines. Hay que dominarlas para hacerlas decir lo que realmente deseamos. El niño

las va encontrando desde que gatea, y llegan a su mente y a sus labios recogidas del habla de quienes lo rodean; pero desde ese momento las va doblando como débiles juncos, para expresar sus ocurrencias con voces inventadas para expresar lo que desea, generalmente con voces pegadas a la onomatopeya, como los salvajes al llamar «guau- guau» al perro, por ejemplo.

Las palabras cambian según la raza, las costumbres, la naturaleza de las cosas, edades y religiones de las personas. Existen como lenguaje de un sector, en lunfardos, jergas y modismos; las hay de multitudes y de mercados donde, a veces, afloran algunas perlas, como flores en un pantano. Hay un lenguaje pulido y cultivado que utilizan los diplomáticos, y la mayoría es propiedad de las diversas profesiones.

Se dice que los poetas tienen un lenguaje divino (en todos los idiomas se habla con Dios). Hablamos de la poesía y no de la simple versificación; ese lenguaje interpreta la naturaleza del alma con mayor intensidad y riqueza que el habla común; sale del cauce de los cánones literarios para volverse en el espíritu. Aclaramos que se trata de un lenguaje especial que sólo es poseído y dominado por los auténticos creadores, llámense Goethe, Dante, Shakespeare, Baudelaire o Cervantes, cada uno representante de un idioma, las mayores cumbres del pensamiento universal.

El lado de las palabras. Diario *La Industria* de Trujillo. 10/12/93